

CONSIDERACIONES SOBRE EL SIMULAR Y EL DISIMULAR. EN LA CARTA DE DESCARTES A REGIUS DE ENERO DE 1642

LAURA BENÍTEZ

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

En su última visita a México, en enero de 1996, tuvimos el honor de acoger a Ezequiel de Olaso en nuestro seminario de Historia de la Filosofía. En esa ocasión la charla erudita y amable de Ezequiel versó sobre el problema moral de la simulación y la disimulación en la modernidad. Continuando ese camino de exploración y como un homenaje a su memoria, me permito presentar a ustedes algunas reflexiones sobre los consejos de Descartes a Henri de Roy (Regius), que ofrecen un claro ejemplo de lo que jesuíticamente podría llamarse la restricción mental.

La carta a que nos referimos, forma parte de una amplia correspondencia entre Descartes y Regius (1639–1645), básicamente sobre algunas cuestiones de metafísica y de física y en la que cobra especial importancia el problema de la relación mente-cuerpo. Regius era un joven médico que había entrado en polémicas con sus compañeros de la Universidad de Utrecht, lo cual había atraído la atención del rector Voëtius de quien recibió algunas reconvenciones en tono fuerte. Como Regius había obtenido la cátedra gracias a Descartes, considerándose su seguidor, se acogió a él a fin de que lo orientara sobre cómo hacer frente a las réplicas de sus adversarios.

Descartes tomó la empresa con interés y franca simpatía por el joven médico durante los años 1640 y 1641 pero, sobre todo, en 1642, donde no sólo dio sus consejos, le mostró los errores que encontró en sus escritos y le explicó sus propias tesis, sino que se tomó la molestia de redactar una larga respuesta a las tesis de Voëtius a fin de que Regius pudiera defenderse con una amplia y bien fundamentada argumentación de los ataques de los escolásticos y al hacerlo, contribuyera a fomentar y difundir las nuevas ideas. Regius usó la respuesta cartesiana, agregándole algunas cosas menores, pero los consejos de sabia prudencia del autor francés no parecen haberle interesado dado que en 1647 publicó un provocador panfleto tan atrevido como mal elaborado y contra el cual Descartes escribió sus *Notae*.

La primera observación que Descartes hace a Regius, es que se abstenga, al menos durante algún tiempo, de disputas públicas. El tono de ellas había ido subiendo y Descartes temía, no sin razón, por la suerte de la nueva filosofía. Además su temperamento lo había llevado a buscar la soledad y a alejarse de una sociedad muy demandante. Así, esta búsqueda de tranquilidad lo llevó a establecerse en Holanda. Por esta razón es natural que no compartiera la tendencia a estar en el centro de las controversias y las disputas.

Regius le había presentado a Descartes las tesis de Voëtius más como tesis contra el cartesianismo que contra sus propias enseñanzas. Esto llevó a Descartes no sólo a elaborar una respuesta cuidadosa sino a pedirle al joven médico discreción y mesura, especialmente que no usara palabras fuertes que pusieran a las personas en su contra, lo cual podría atraer un rechazo aún mayor sobre el cartesianismo.

Las recomendaciones antes mencionadas suenan, simplemente, a una buena dosis de sensibilidad y sentido común, lo que cualquiera aconsejaría a alguien que se encuentra en entredicho y a punto de perder el puesto. Pero, la intención de Descartes es, sobre todo, la de recuperar terreno, entre los estudiosos, en favor de la nueva filosofía.

De las recomendaciones básicas, Descartes pasa a ciertos consejos que pueden ubicarse en el ámbito de la moral del disimulo. Se trata de una postura que recomienda no dejar ver lo que se es o se piensa, al menos no plenamente. Por supuesto, no se trata de aparentar lo que no se es, lo cual sería moralmente reprobable, sino de dejar ver, medida y ciudadosamente, lo que se es o se piensa, a fin de no atraer sobre sí problemas graves que podrían costar la vida o de menos el encarcelamiento. Por supuesto, es un momento histórico en el que la gente se ve obligada a no manifestarse tan abiertamente; donde las cruentas luchas religiosas e ideológicas han obligado al sigilo y, a veces, al silencio.

Si Galileo, decía Descartes en 1633 a Mersenne, que es italiano y querido por el Papa ha sido inculcado por decir que la tierra se mueve y ese principio es falso, entonces todos los fundamentos de filosofía lo son también. Este hecho, comentaba a su mismo corresponsal, lo golpeó de tal modo que se había resuelto a quemar sus papeles o, al menos a no dejárselos ver a nadie. (Carta a Mersenne del 22 de julio de 1633.)

Así pues, siguiendo esta misma tónica, Descartes pide a Regius que *no emita* opiniones nuevas, limitándose simplemente a proponer *razones nuevas*, “algo, dice, a lo que nadie podrá responder y, los que entiendan bien

sus razones, concebirán por sí mismos lo que usted desea que se entienda” (A/T III, 491–492.)¹

Con este procedimiento, esto es, llevando a los otros a las nuevas tesis sin proponerlas, Descartes considera que libra al proponente de cargos y no obstante, le deja la posibilidad de remover viejas ideas.

Si el procedimiento era justificado o no es algo por discutir pero, por lo pronto, lo que me interesa señalar es que en él prevalece la idea de que no siempre es conveniente expresar toda la verdad, una práctica de restricción mental con la que Descartes pudo haberse familiarizado en la Flèche. La restricción mental no avala las mentiras, pero sí limitar las verdades. Es pues una importante forma de simulación que halló, incluso, un respaldo religioso y que, en el momento, pareció conveniente para la conservación del bienestar y la vida.

Descartes reclama a Regius no haber observado una conducta adecuada, mediante la cual, fácilmente, podía haber llevado a su público a las conclusiones que deseaba, sin entrar frontalmente en controversias al rechazar algunas ideas metafísicas importantes para la escolástica. Pero, en este reclamo se deja ver otro aspecto de la cuestión que es fundamental. En efecto, Descartes no sólo acude a la restricción mental sino a sus propias ideas epistemológicas para fundar una conducta adecuada en función de las nuevas tesis. A la idea de que basta con insinuar el camino para que la gente llegue a los resultados que deseamos, subyace la consideración de que existe una unidad de la verdad en el sentido de que existen auténticamente ideas verdaderas, de manera que todo aquel que aplique su razón ciudadanamente, llegará a ellas. En consecuencia, basta con insinuar el camino, con inducir la reflexión para que cada uno llegue a la verdad sin que el maestro tenga que explicitar todos los pasos. Aún más, como sabemos, muchas veces Descartes considera, no por necesidad de disimular una teoría nueva, sino como un elemento formativo para los estudiosos, que es importante, no proporcionar todos los elementos de una cuestión en estudio, a fin de que cada uno aplique su razón y llegue, con su uso adecuado, a las conclusiones ciertísimas.

Por otra parte, en relación con esta misma necesidad de exactitud y verdad, Descartes recomienda a Regius que defienda con argumentos sólidos sus respuestas verdaderas pero, con toda modestia y como contraparte, que

¹ A este respecto, Descartes da un ejemplo muy importante: “sobre las formas sustanciales y sobre las cualidades reales, ¿qué necesidad hay de rechazarlas abiertamente? Recuerde que en mi *Meteoros*, p. 164 de la edición francesa, digo en términos expresos que ni las rechazo ni las niego de ninguna manera, sino sólo que no las creo necesarias para explicar mi sentir” (A/T III, 492.)

corrija todas las ideas falsas que se le hayan escapado, de inmediato y sin enfrentamientos.

A lo largo de su amplia respuesta a Regius, se respira la honestidad intelectual de Descartes. Bien es cierto que puede ser peligroso presentar en forma abierta y directa las verdades; tal vez convenga más convencer, mediante razonamientos sólidos, sobre aquello que uno sabe verdadero, pero siempre hay que admitir el error y corregirlo. Luego, es claro que el compromiso cartesiano es con la verdad, no con las tesis como tales. Así, dice a Regius: "Debe persuadirse de que no hay nada más loable en una filosofía que admitir sinceramente sus errores" (A/T III, 492).

A pesar de recurrir a la conducta prudencial, los tiempos posiblemente no permitían otra cosa, Descartes es un hombre honesto presto a defender las proposiciones verdaderas, como aquella de la negación de la entidad de las formas sustanciales, no obstante las dificultades que ello pueda acarrear. Sin embargo, el problema con Regius, como Descartes lo expresa, no es sólo que hubiera propuesto en forma violenta o inconveniente algunas verdades nuevas que podrían causar conmoción, sino que introdujo muchos elementos falsos, carentes de fundamento y contrarios, por lo tanto, no sólo a la ideología religiosa dominante, sino como claramente lo dice Descartes, a toda buena lógica.

La última recomendación resume las preocupaciones cartesianas:

que vuestra respuesta sea tan dulce y modesta que no irrite usted a nadie y, al mismo tiempo, que sea tan sólida que Voëtius se dé cuenta de que está vencido por nuestras razones. (A/T III, 492.)

Eran por cierto, tiempos difíciles, de fuertes crisis y violentas controversias. En ese mar de intolerancia la figura de Descartes sobresale. El uso de la razón es no sólo necesario a toda buena filosofía, sino que es el único juez para dirimir la controversia. Contra ella no prevalecerán los enconos ni las envidias. Y junto a este sólido fundamento filosófico que apunta al conocimiento de la verdad con mayúsculas, una que no pueda ser confundida ni con el andar de los tiempos, está esa caballerosidad, esa galantería del gentilhomme que lleva al seno de la polémica, la medida, la modestia, la elegancia, que sólo poseen los auténticos filósofos y hombres de bien.

Descansen en paz nuestro gran amigo y uno de los más distinguidos filósofos de América Latina de nuestro tiempo, Ezequiel de Olaso.